



Danzando con monstruos

Texto: **Laura López Altares**

Ilustración: **Ana Fernández (@Lusaneartisan)**

"**T**ú crees que solo hay monstruos, y que la felicidad es para los que tienen mala memoria... Pero no. Hay quienes aman a los monstruos y quieren vivir con ellos el resto de su vida. Disfrútalo; hay quienes huyen". Ariadna se aferraba a aquella frase como si fuera una brújula en medio de una tormenta de arena. Su tormenta. Porque lejos de parecerse a la princesa cretense de trágico destino que pasó a la Historia por ese hilo mágico capaz de deshacer laberintos; Ariadna los tejía a cada paso. Sobre todo, aquella primavera en la que decidió hacer saltar su vida entera por los aires, impulsada por la misma fuerza irrefrenable que la había llevado hasta Palencia. Le divertía imaginar que alguno de sus monstruos lo había puesto todo del revés, incluida su brillante carrera. Y tam-

bién que alguno de ellos le enseñaría el camino de vuelta a casa...

Dragones, serpientes gigantes, gárgolas, hombres pez, *xanas*. En su caótico taller abrazaba todo tipo de criaturas de pesadilla, que a ella le parecían fascinantes y bellísimas. Tallaba cada una de sus escamas en mitad de la noche, se sumergía en sus grietas y escuchaba sus terribles e hipnóticas historias. Hasta que llegó aquel encargo. El Encargo. Aceptarlo suponía romper con la pequeña galería con la que llevaba trabajando cuatro años, y dar un peligroso paso hacia lo desconocido (y eso la atraía tanto como la aterraba).

Decidió que concedería una última oportunidad a la pequeña galería porque amaba lo que hacía con todas

sus fuerzas, aun sabiendo que le pagaban una miseria por su arte, menos incluso de lo que se podían permitir. Pero este iba a ser el último pulso. Si la subían un poco el sueldo (aunque fuera testimonial) se quedaría. Afermada a la esperanza enfermiza que siempre la acompañaba -a pesar de su cinismo-, enloqueció al ver que la dejaban ir sin parpadear. Y se vendió al mejor postor, lejos de sus monstruos. En ese preciso momento descubrió que ni sabía ni quería vivir sin ellos, y duró exactamente cuatro días tallando figuras sin alma.

Leo y sus ojos amarillos la miraron con un asombro hiriente cuando dimitió y el silencio empezó a envolverlo todo, denso e irrespirable. Pero para Ariadna, nada era peor que el sentimiento de haber traicionado a sus tenebrosos compañeros de vida, que en realidad era como haberse traicionado a sí misma. Lloró con toda la rabia que le cabía en su menudo cuerpo, e intentó explicarle a Leo por qué lo había hecho. Pero Leo y su raciocinio salvaje desmontaron cada uno de sus infantiles argumentos. Leo diciendo: "Aquí es donde nuestra felicidad va a empezar a desmoronarse". Leo cerrando la puerta con una maleta (algo pequeña para irse del todo). Leo dejando a Ariadna sola con su orgullo y sus monstruos. Y también con el peor de todos ellos: su cabeza.

También Leo volviendo esa misma noche para abrazarla con sus brazos inmensos, para encender cada centímetro de su piel -pero sobre todo de su alma- en una reconciliación voraz. Ariadna levantándose con su pelo cortísimo revuelto y la determinación de recuperar el hilo del laberinto. Ariadna yéndose a la cálida y minúscula casa de sus abuelos, al pueblo de todas sus infancias. Ariadna decidida a inventar el monstruo definitivo.

No lo confesaría jamás, pero eso que siente huele como quizás huelo el miedo cuando se enreda en la garganta. A que Leo tenga razón. ¿Y si fuera cierto que los años más felices de su existencia se hubieran dinamitado esa primera semana de abril, entre mermelada de fresa y dientes de león? Pero Ariadna no puede parar ahora. Ya está en esa habitación con vistas al campanario, con su peluche de dragón descolorido mirando de reojo desde la mesilla (¿tal vez fuera él el primero de todos sus monstruos?). Cómo le habría gustado que sus abuelos -no solo sus sombras- estuvieran allí. El abuelo llevando el queso de oveja al mercado (cómplice de esa nieta bandida que siempre escondía el mejor trozo para comérselo cuando pensaba que nadie la veía); la abuela Violeta -tan bella que no parecía humana- contando aquellas historias sobre la sierpe del lago Curavacas de aguas heladas, en los confines de Castilla (junto a esa frontera donde los cántabros lucharon fieros contra Roma). Y la niña Ariadna inventando laberintos y danzando con monstruos imaginarios. Una niña que, en el fondo, se parece demasiado a la Ariadna adulta.

Antes de emprender el camino al norte, Ariadna hace una parada en el Mercado de Abastos de Palencia, con sus hierros y cristales de otro tiempo, cual criatura monumental y hermosa. Podría haberla esculpido con sus propias manos, pero entonces tendría alas. O colmillos. O todo a la vez. Compra patatas, garbanzos, cebollas, huevos, pan recién hecho y queso como para sobrevivir a un invierno. Y conduce hasta Frómista para sentir de nuevo el escalofrío vertiginoso que la araña cada vez que tiene delante la Iglesia de San Martín de Tours. La más bella representación del románico español, construida en el siglo XI, la sacude de arriba abajo, aunque su alma hable gótico. Y entonces recuerda la preciosa iglesia que todavía sigue en pie en el monasterio de Santa María de Mave. Leo y ella celebraron su primer aniversario en El Convento de Mave, que fue restaurado y convertido en hotel boutique hace unos años.

Fue allí mismo donde decidió que solo sería madre de monstruos. Había tallado ese Destino para sí misma igual que tallaba fauces y garras sobre su estirpe hechizada. No quería una vida convencional, era adicta a las primeras veces, y esa era de las pocas certezas que la acompañaban. La otra era Leo, el hombre sin miedo. Ese que se había quedado a vivir en sus escamas. Siempre le había imaginado en su destino; ¿pero y si el hilo de Ariadna se había perdido entre la niebla?

Unas horas después mira hacia el lago Curavacas, en la montaña palentina, donde cuentan que habita un monstruo marino que sale a cazar en los días de tormenta. Una serpiente atávica que eligió aquel tortuoso lugar envuelto en brumas, de aguas insondables y misterios encendidos. "Todo semejaba un mundo infernal en el que danzaban los espíritus torturados...", escribió Juan Díaz Caneja en *Cumbres Palentinas*. "Nos detuvo el ruido imponente del lago; entre sombras sepulcrales aparecían lívidos reflejos que corrían veloces y morían sin saber dónde. El viento era incesante y al penetrar en el circo del acantilado, las ráfagas veloces y roncadas se revolían con las fieras aguas negras y siniestras. El eco entonaba una bárbara canción...".

Son muchas las leyendas que rodean este paraje, incluso hay quien lo relaciona con un amor truncado en el que también entró en juego aquella insaciable serpiente. Pero la abuela de Ariadna siempre le susurraba, casi como si fuera un secreto, que la sierpe en realidad era una *xana* (o *hada de las aguas*). Estas bellísimas criaturas, atrapadas en las profundidades, buscaban desesperadamente que alguien las liberara de su maldición. Mientras, tejían hilos de oro como la Ariadna cretense. Si quien intentaba rescatarlas conseguía su propósito, se mostraban agradecidas y magnánimas; pero si fracasaban, su castigo era terrible. Y, además, tenían el poder de transformarse en serpientes.

Aquella tarde de primavera, las aguas del lago seguían mostrando un enigmático aspecto, como si solo pudieran existir revolviéndose. Estaba oscureciendo, así que decidió emprender el camino de vuelta a su confortable guarida, a pesar de que en aquella oscuridad rugiente se sentía extrañamente acompañada. Protegida, incluso.

Preparó una tabla de quesos improvisada y se quedó dormida mientras tallaba una *xana*. Y en aquel sueño, la plaza donde ahora estaba el mercado bullía llena de pequeños puestos artesanos. Casi podía saborear el pan recién cocido; y en ese olor cabían todas las visitas al mercado con su abuela. A ella no podía verla en esa escena onírica; aunque de alguna forma la sentía. Lo que sí vio con claridad fue el disparatado salto en el tiempo en el que se estaba sumergiendo, con espadas centelleantes colgadas de coloridos cintos y ropajes medievales. Uno de aquellos caballeros la sonreía con unos ojos inmensos que le recordaron a otros; y le sorprendió la cantidad de gente que cargaba piedra (para construir aquellas asombrosas iglesias románicas palentinas, supuso). Un niño pequeño y revoltoso de pelo rizado la agarraba de la mano, y en sus adentros sentía un poderoso aleteo abriéndose paso. De repente, estaba frente al lago, como hace unas horas; pero esta vez, la presencia de algo sobrehumano podía respirarse. Notaba cómo le cosquilleaban los dedos y el sonido de las aguas agitándose. Y, en la distancia, unos ojos violetas (de serpiente o de humano, era imposible saberlo), clavados como una advertencia.

Entonces, el aleteo se convirtió en remolino, y las náuseas la despertaron. Se puso a tallar pequeños monstruos alados y serpientes (piezas magistrales que te enseñaban su alma) como si realmente estuvieran a los pies de su cama, y en mitad de aquella madrugada delirante, supo que el hilo seguía allí. Cuando volvió a despertar a la mañana siguiente, las náuseas se arremolinaban en su estómago. Y la *xana* inconclusa había aparecido junto a su almohada.

Decidió regresar a la plaza del mercado de Palencia (solo tendría que conducir veinte minutos hasta allí), buscar esos olores en otro tiempo, en el suyo. Y el aleteo volvió a su piel, aunque estaba completamente despierta. No había niños de pelo rizado ni tampoco caballeros, pero las náuseas se habían apoderado de su cordura. Fue en ese momento, enfrente de aquel mercado, cuando una idea imposible la recorrió hasta la raíz: ¿cabía la remota posibilidad de que pudiera estar embarazada? “Una entre cien”, había dicho el médico. Después de la primera amarga punzada al enterarse de aquella noticia bomba por casualidad, Ariadna y Leo hablaron durante horas de su vida, que tan felices les hacía, de que aquella posibilidad -un hijo- nunca había entrado en sus planes.

Pero en el fondo, Ariadna siempre había sido adicta a los imposibles. O mejor dicho, a los improbables. Y cuando se enteró de que tal vez nunca podría ser madre -solo entonces- lo deseó con una fuerza salvaje, aunque efímera. O eso pensaba ella. Pero hay anhelos que se enredan entre los huesos, en su abismo profundo e inconfesable. Y allí se quedan hasta el alba.

Corrió a la farmacia con un remolino en el estómago y llamó a Leo para que volara a Palencia, para arrancarse la duda cuanto antes y poder seguir adelante con sus monstruos. Y Leo lo hizo en su coche veloz y maltrecho, con su estoica calma, sin saber que estaba conduciendo hacia el final (¿o tal vez el principio?) del laberinto de Ariadna. Cuando llegó, ella solo podía pensar en cuánto se parecía al caballero de aquel sueño (¿profético?).

Cenaron una tabla de quesos que tenía algo de ruleta rusa. En la última ronda, Ariadna sacó el test de embarazo, y le contó a Leo su loco sueño, del que todavía quedaba aquel aleteo. Y ese positivo (que las hermanas de Ariadna confundieron con un positivo en COVID) estalló en medio de aquella primavera impredecible. Y entonces Leo la abrazó como si fuera a deslizarse de nuevo por su laberinto. Pero Ariadna ya había encontrado la salida.

Al otro extremo del salón, los ojos de la *xana* inconclusa parecían centellear. Ariadna calculó que su pequeño dragón llegaría con el Invierno. Y ella, que pensaba que jamás sucedería, sintió que sus aleteos eran la estela del amor más salvaje que había llevado en la piel. Uno que había venido del fuego y la casualidad; de un imposible.

Seis meses después, Ariadna y Leo se asomaron a las aguas conjuradas del lago Curavacas con el futuro entre los dedos. Ella había encontrado trabajo en una trepidante galería, y su última gran obra (nunca pensó que podría crear desde la luz) había sido aquel mercado de abastos hecho monstruo. Ese mercado cómplice donde se mezclaron pasado y presente en una noche febril. La niebla no les dejó ver que entre aquel remolino acuático se escondía una criatura legendaria de ojos violeta y apetito voraz. Algunas noches, hasta parecía humana. Y hay quien juraría que era idéntica a la abuela de Ariadna. A espaldas del bello leviatán (que tenía mucho de ángel de la guarda), Ariadna y Leo se abrazaron entre las sombras. Y pusieron nombre a su imposible danzarín: Ares.

Y sí, Ariadna se equivocaba. Hay quienes abrazan tan fuerte a los monstruos que les acaban salvando de sí mismos. Les besan despacio las espinas, descenden sin cuerda por sus precipicios y se quedan a vivir entre sus fauces sin miedo al hambre. Sí. La felicidad no era solo para los que tienen mala memoria. Y menos mal. ■